

Votar

14-Julio-1985

Con La Sangre

POR MIGUEL ÁNGEL GRANADOS CHAPA



Era difícil, en la noche del domingo siete, comprobar la información que hablaba de violencia en las elecciones. Desde luego, era imposible saber de ella consultando los noticiarios de la televisión. Ni el canal 2, de Televisa, ni los de Imevisión dieron cuenta, hasta las 22 horas al menos, de las agresiones habidas durante la jornada electoral. Un hecho parecía cierto, sin embargo: en San Luis Río Colorado culminaba la violencia iniciada 72 horas antes. El domingo por la noche militantes panistas quisieron rescatar de la cárcel a compañeros suyos presos por haber participado en la toma del comité municipal electoral y en el bloqueo al puente internacional. De la intentona resultó un mitin con vehículos poli-

ciacos destruidos, mucha gente contusa y probablemente un herido de gravedad. Algo peor parecía haber ocurrido en Tapilula, un pequeño poblado chiapaneco, en donde los primeros reportes anunciaban hasta cinco muertos. Pero se trataba de una información sin comprobar, y en cuya génesis probablemente intervinieron factores no estrictamente vinculados con las elecciones.

Según las denuncias surgidas durante la jornada electoral, hubo otras formas de violencia, expresadas de muy diversas maneras, algunas de ellas tradicionales y otras novedosas: boletas marcadas antes de la elección, boletas colocadas en las urnas antes de que se abrieran las casillas, casillas abiertas en la víspera, etcétera. Con un criterio friamente estadístico, como el que quiso enarbolar a media tarde del domingo el Secretario de Gobernación, nada de lo dicho tendría importancia. En efecto, se abrieron más de 52,000 casillas y sólo en un puñado de ellas, que quizá no llegue al centenar, ocurrieron hechos notablemente violentos. Si la proporción es lo único que importa, es posible dictaminar que se trató de unas elecciones impolutas, pues unas gotitas de sangre en un vestido blanquísimo no son suficientes para tildar de irregulares los comicios.

Pero no es así. Claro que no es debido exagerar. Pero tampoco es lícito aplicar normas aritméticas a un fenómeno político de tanta gravedad como es la violencia electoral. El que haya habido muertos o heridos, o el que simplemente se produzcan enfrentamientos a balazos o a palos, debe provocar preocupación general, y naturalmente debe provocarla en las autoridades responsables del proceso electoral.

Porque es uno de los signos más evidentes de nuestro atraso político, la práctica de la violencia debiera ser considerada como el enemigo principal del gobierno, las agrupaciones y los ciudadanos. Es verdad que en otros ámbitos de la actividad mexicana la violencia es un dato frecuente, al punto de que se ha convertido en una forma estereotipada de identificar a quienes nacimos aquí. Hace años era frecuente oír, por ejemplo en países sudamericanos, multitud de chistes en que la motivación principal era la rápida apelación de los mexicanos al supremo argumento de las armas. En una de las más hermosas páginas de sus memorias, Pablo Neruda narra el asombro que le produjo ver que esa misma inclinación se manifestaba entre sus amigos, a bordo de una trajinera en Nochimilco...

Parecía que la violencia electoral había, como el viejo poema cursi, pa-

sado a formar parte entre los muertos. Otro domingo siete, el de julio de 1940, atestiguó la práctica de formas incivilizadas de participar en el proceso electoral. La instalación de mesas electorales se resolvía por la fuerza, menor sin embargo que la desplegada horas más tarde, cuando a balazos los partidarios de Almazán y de Avila Camacho, se disputaban la posesión de las urnas, para hacer que el cómputo favoreciera a los designios de cada quien. Nunca se sabrá con precisión cuántos muertos hubo entonces, como tampoco nunca se tendrá noticia cierta del número de víctimas producidas al día siguiente de las elecciones de julio de 1952. Entonces, una manifestación henriquista fue dispersada con furia homicida por fuerzas policiacas y militares en la Alameda Central.

Esos dos terribles episodios parecieron haber curado a la sociedad mexicana de la tentación violenta en las elecciones. No es que dejara de haber momentos graves en este último tercio de siglo, pero parecíamos ir transitando, en ese terreno, de la barbarie a la civilización. En elecciones locales hubo acontecimientos de extrema gravedad, los más recientes de los cuales ocurrieron el año pasado, en Piedras Negras y en Chema. Pero las elecciones federales parecían ser, ya, otra cosa.

Ahora hemos dado marcha atrás. Hemos, de nuevo, votado con la sangre. El asunto no puede ser trivializado. En su producción han tenido que ver factores diversos, como la provocación panista que, a su vez, resulta de la exasperación causada por las inveteradas imposiciones del PRI, por el coqueteo de este último partido con aquél, y por las deterioradas condiciones de vida del público en general.

La violencia electoral tuvo esta vez, por añadidura, un anticipo funesto. Cinco días antes de las elecciones, el dirigente socialista Arnoldo Martínez Verdugo fue sacado por la fuerza de sus oficinas y declarado preso por un presunto comando guerrillero. Aunque se dijo que la causa de su secuestro radica en acontecimientos lejanos, diversos del acto electoral, es imposible desvincular su captura de las elecciones.

Es imposible precisar hasta qué grado el bajo nivel de participación que con toda probabilidad ocurrió el domingo anterior fue causado por el temor de que la jornada se tornara violenta. Ya se sabe que las elecciones intermedias suscitan menor interés que las de fin de sexenio, pero en el ánimo de muchos observadores se había formado la impresión de que esta vez los ciudadanos acudirían en gran número a las urnas. El que no haya sido así puede deberse, claro, a que las previsiones estaban simplemente erradas, pero también puede deberse a que factores de última hora atemorizaron a los votantes, por lo que muchos prefirieron quedarse en casa. Entre estos factores pudo haber contado de manera primordial el secuestro de Martínez Verdugo.

El enemigo de todos es la violencia. Todos, por lo tanto, debieran unirse para combatirla, para erradicarla. Lo primero es no verla con frivolidad. El criterio de que, al fin que los muertos son pocos, y además se trata de gente sin importancia, no puede ser el que sirva para medir la gravedad de la muerte por razones políticas. Nos hemos acostumbrado, por un lado, a trivializar la muerte, cuando no nos concierne de cerca; y por otra parte, a sólo darle importancia cuando se trata de personajes ilustres.

La violencia política es parte, y derivación, de una falta de respeto a la vida, de una indebida consideración de ese valor. Ya ni siquiera constituye noticia el conocer la gravedad de la desnutrición o el hambre que mata a miles de niños. Si esa información nos deja imperturbables, con mayor razón nos parece irrelevante el que por disputar un voto o una urna, haya gente que priva de la vida a otra. Ese México bronco no es, naturalmente el único México posible. No vivamos en él.